

DE LAS PASIONES.

Sermon para el dia de la Natividad de nuestro Señor Jesu-Christo. Tom. I. fol. 239.

EL hombre entregado à sus injustas y violentas pasiones siente dentro de sí una guerra muy cruel: hecho presa de sus inquietudes, y de los furores de su propio corazón, combatido con la multitud y contradicción eterna de sus desarregladas inclinaciones, no puede hallar la paz, porque solamente la busca en la misma raíz de sus inquietudes: los Philosophos se preciaban de poderla dar à sus discipulos; pero la universal calma de las pasiones que prometian à sus Sábios, y que anunciaban con tanto émfasis, aunque podia impedir las demostraciones exteriores, dexaba todo el veneno, y todo el tumulto en el corazón: era una paz de vanidad y de pura ostentacion: disfrazaba el exterior; pero debaxo de esta máscara, el hombre siempre se hallaba el mismo.

Paráphrasis del Psalmo VII. Tom. IX. fol. 33.

NO se llega de repente à los excesos del rencor, de la mala fé y de la calumnia: el honor, algunas reliquias de rectitud, y el estar el corazón poco familiarizado con la culpa, le impiden el que se entregue à estas infamias, las que sin duda le asustarian, y que solamente se llega à ellas por grados: en el principio se empieza dando entrada en el corazón à algunos injustos pensamientos de embidia contra el próximo: sus talentos, su reputacion y su prosperidad son otros tantos gusanos que nos consumen y despedazan interiormente: quanto mas se aumenta su gloria y su fortuna, mas se enciende y fortifica nuestra aversion: ésta se

se convierte dentro de nosotros en un veneno que nos despedaza, y en una raíz de amargura que marchita nuestro corazón: estas disposiciones son como los dolores que anuncian un parto muy funesto: luego que el alma se halla inficionada de este veneno, y que no le puede contener dentro de su seno, ya no la cuesta trabajo el producir monstruos: y aun la sirve de alivio el arrojar fuera de sí los mas infames frutos de la iniquidad y del rencor; esto es, la impostura, el artificio, la violencia, la inhumanidad y la calumnia.

Sermon para el Jueves de la Semana de Pasion. Tom. VI. fol. 165.

POR mas que se diga que los cuidados de las pasiones dán motivo à la felicidad de los que se dexan arrastrar de ellas, éste es un idioma de que se precia el mundo, pero que se halla desmentido por la experiencia: ¿qué suplicio no es para una persona que desea agradar, el haber de emplear tantos cuidados en conservar una hermosura que todos los dias se va borrando y deshaciendo? ¿Qué molestia, y qué desvelos no tiene que sufrir? Necesita violentar sus inclinaciones, sus placeres, y su pereza: ¿qué secreto pesar quando estos cuidados han sido inútiles, y quando ve que los atractivos de otras personas han sido mas felices, y han tenido mas habilidad para ganarse las voluntades! ¿Qué tiranía la de las modas! Y con todo eso es necesario sujetarse à ellas, à pesar de los negocios que nos instan, de un Esposo que lo reprehende, del Mercader que murmura, y aun acaso que hace pagar muy bien las tardanzas y dilaciones. Quiero pasar en silencio los cuidados de la ambicion: ¿qué vida es la que se pasa entre medidas, proyectos, temores, esperanzas, sustos, embidias, sumisiones y baxezas! Tampoco hablo de los empeños que

que se contrahen en fuerza de la pasión: ¡qué temor de que se descubra el misterio! ¡Qué medidas no hay que tomar por parte de la decencia y del honor! ¡De cuántas personas hay que guardarse! ¡Cuántos centinelas que engañar! ¡Cuánto hay que temer por parte de la fidelidad de aquellos à quienes se escoge para Ministros, y confidentes de la pasión! ¡Cuántos desayres que sufrir, aun del mismo objeto à quien se sacrifica el honor y la libertad, sin poder quejarse de ellos! A esto se puede añadir los crueles momentos en que menos viva la pasión nos dexa tiempo para reflexionar, y para conocer la indignidad de nuestro estado: aquellos instantes en que el corazón que ha nacido para mas sólidos placeres, se cansa de sus propios ídolos, y halla su suplicio en sus disgustos, y en su propia inconstancia.

DE LA SOBERBIA.

*Sermon para el dia de la Encarnacion. Tom. II.
fol. 69.*

LA soberbia ha sido siempre la herida mas peligrosa del hombre: como nació para ser grande y dueño de todas las criaturas, ha conservado siempre en su interior aquellas primeras impresiones de su origen: como halla dentro de su corazón no sé qué vestigios de su antigua excelencia, siempre se dexa llevar de unas inclinaciones tan alhagueñas: procura irse elevando de grado en grado; y no hallando en la tierra cosa alguna que pueda satisfacer la grandeza de su alma, se subió sobre las nubes, è hizo que se le tributasen honores divinos. El mundo adoró, como à sus Autores, à unos insensatos, que él mismo habia visto nacer, y habian venido muchos siglos despues de él.

Ser-

*Sermon para el dia de San Francisco de Paula.
Tom. VII. fol. 30.*

Muchas veces nos apropiamos, con sola nuestra autoridad, unos titulos que nos niega el público, y que nunca tuvieron nuestros mayores, y vemos entre nosotros muchas personas que adornan su obscuro nacimiento con un nombre ilustre, y recogen con afecto las ruinas de las familias antiguas ya extinguidas, para enlazarlas con un nombre desconocido, y que apenas acaba de salir de la ínfima clase del pueblo, ¿qué siglo ha habido mas corrompido en este particular que el nuestro? Nuestros Padres se contentaban con ser lo que eran quando nacieron: conformes con lo que la naturaleza los habia dado, no se avergonzaban del nombre de sus mayores; y asi como heredaban sus bienes, recibian tambien con honor sus nombres: no se usaba entre los que eran de distinguido nacimiento el estar continuamente haciendo alarde de él, y cuidando de unos cumplimientos y unas formalidades tan opuestas al sano juicio del mundo, como al Evangelio; ni estar siempre pesando en lo que se les debe, haciendo comparaciones de su nobleza con la ajena, midiendo escrupulosamente la calidad de las personas que tratan para arreglar su porte, y trato con ellas; y no dexarse ver en parte alguna, sin que primero hagan saber su nombre, y su nobleza.

*Sermon para el Jueves despues de Ceniza. Tom. III.
fol. 71.*

LA soberbia es la secreta raiz de la incredulidad: en aquella vana ostentacion de entendimiento que hace al incrédulo que desprecie la comun ciencia, hay una

una deplorable singularidad que le lisongea , y que le hace suponer en sí mas talento , y mas luces que en los demás hombres , porque se atreve à sacudir un yugo à que todos se sujetan , y oponerse temerariamente à lo que todos sus antecesores habian adorado con sumision.

*Sermon para el dia de San Juan Bautista. Tom. VII.
fol. 83.*

ES tal la injusticia de nuestra soberbia , que no obstante las flaquezas de que nos avergonzamos en secreto , no obstante la nada , y el vacío que hallamos dentro de nosotros , el que hace que seamos molestos à nosotros mismos , y que siempre estemos acompañados del fastidio , del disgusto y del horror; con todo eso , pretendemos engañar al público , queriendo ser tenidos por lo que no somos : deseamos que los hombres piensen de nosotros lo que no nos atreveríamos à pensar nosotros mismos ; y llega à tanto nuestra injusticia , que aborrecemos y perseguimos à los que nos niegan las qualidades que no tenemos , ò las alabanzas que no merecemos , y que piensan de nosotros del mismo modo que pensamos nosotros interiormente : los imputamos à pecado la equidad de sus juicios ; y parece que los echamos la culpa de nuestras miserias y flaquezas.

Sermon para el dia de la Natividad de nuestro Señor Jesu-Christo. Tom. I. fol. 240.

LA soberbia es la principal raiz de las inquietudes que despedazan el corazon del hombre: ¿qué furores y guerras no ha encendido en la tierra esta funesta pasion? ¿Con qué torrentes de sangre no ha inundado el Universo? ¿Qué otra cosa es la his-

to-

toria de los pueblos , y de los Imperios , de los Principes , y de los conquistadores , la historia de todos los siglos , y de todas las naciones , mas que la historia de las calamidades con que la soberbia ha afligido à los hombres desde el principio del mundo? Todo el Universo no era mas que un teatro lúgubre , en que esta altiva è insensata pasion presentaba todos los dias unas sangrientas escenas ; pero esto que se veía exteriormente , no era mas que una imagen de las inquietudes que el hombre soberbio padecia dentro de sí mismo. El deseo de elevarse se miraba como virtud : la moderacion pasaba plaza de cobardía : un hombre solo trastornaba su patria , arruinaba las leyes y las costumbres , y hacia à muchos hombres infelices por usurpar el primer puesto entre sus ciudadanos ; y el feliz suceso de su delito le grangeaba respetos : su nombre , manchado con la sangre de sus hermanos , se hacia famoso en los anales públicos , en donde se conservaba su memoria ; y un malvado feliz era el mayor hombre de su siglo : esta pasion no era tan ruidosa entre la gente de baxa esfera ; pero no por eso era menos viva , ni furiosa : el hombre de baxa suerte no estaba mas pacífico que el hombre público : cada uno queria ser mas que sus iguales : el Orador , y el Filósofo se disputaban , y se usurpaban la fama , que era el único fin de sus trabajos , y de sus vigili- as : y como los deseos de la soberbia son insaciables , el hombre , à quien entonces era cosa honrosa el entregarse à ellos , como nada hallaba en que poder fixarse , tampoco podia estar pacífico y tranquilo : la soberbia que era la principal raiz del honor , y de la gloria humana , era tambien el fatal escollo del sosiego , y de la felicidad de los hombres.

*Sermon para el Viernes despues de Ceniza. Tom. III.
fol. 100.*

Nosotros queremos que nuestros defectos sean igualmente aplaudidos que nuestras virtudes; y aunque conozcamos nuestras propias flaquezas, es tal nuestra injusticia, que queremos que no reparen en ellas los demás, y que alaben en nosotros ciertas acciones que nosotros mismos nos reprehendemos como vicios: quisieramos que nadie abriera la boca sino para publicar nuestras alabanzas; y que el mundo, que no perdona à nadie, ni aun à sus mismos Príncipes, admirase en nosotros lo que censura en los demás.

*Sermon para el dia de San Juan Bautista. Tom. VII.
fol. 83.*

No nos contentamos con atribuirnos los talentos, y virtudes que no tenemos, sino que disputamos à los demás los que en la realidad tienen: parece que su reputacion nos abate, que nos usurpa las alabanzas que à ellos se les tributan, y que los honores que ellos reciben son injusticias que se nos hacen à nosotros: como somos incapaces de elevacion, de virtud, y de generosidad, no podemos sufrirlas en los demás: hallamos manchas en donde todo el mundo admira virtudes: el mérito ageno nos turba y nos ofende; y no queriendo deshacernos de nuestros vicios, quisieramos poder quitar à los otros sus mismas virtudes.

*Sermon para el dia de la Encarnacion. Tom. II.
fol. 77.*

UNO de los mas principales distintivos de la soberbia es aquella engañosa vanidad que busca la gloria aun en los mismos abatimientos, y que solo parece que se humilla à vista de los hombres, para que los aplausos de éstos la coloquen en una altura proporcionada à el abatimiento en que ella misma se habia puesto: la soberbia se oculta para ser descubierta: huye de los aplausos, para que éstos la sigan: renuncia los honores, para ser mas honrada: no sufre los desprecios, sino quando la resulta honor de ser despreciada: la soberbia usa de mil arbitrios, que ni aún nosotros mismos podemos conocer; y no hay cosa mas rara que un abatimiento voluntario que no tenga mas fin que la humildad.

Si sufrimos con paciencia las calumnias, es porque preveemos que las ha de confundir la verdad, y que han de ceder en gloria nuestra: los ejercicios humildes solamente nos agradan, porque nuestra clase no dá lugar à que se ignore que nos humillamos: gustamos de los oprobrios pasajeros, en que halla nuestra vanidad pronto remedio; y para que suframos los desprecios, es necesario que haya otros atractivos mas que el ser despreciados: perdonamos; pero es dando à conocer que nos hallamos ofendidos, y que cedemos de nuestro derecho: nos adelantamos à reconciliarnos con nuestros enemigos; pero no nos pesa de que se sepa que la virtud es solamente quien nos mueve à executar aquella accion: hablamos bien de los que nos calumnian; pero es con el fin de desacreditar de este modo sus calumnias: finalmente, el amor propio es quien dirige todas nuestras acciones; y mucho mas las de humildad, que las de pura ostentacion;

cion; y quanto mas parece que el hombre se olvida de sí, mas cuidado tiene la soberbia de hacerle reparar en quanto hace.

DE LA AMBICION.

Sermon para el I. Domingo de Quaresma. Tom. X.

fol. 26.

LA ambicion, este insaciable deseo de elevarnos aún sobre las ruinas de los demás hombres: este gusano que consume el corazon, sin dexarle jamás tranquilo: esta pasion, que es la que principalmente dá movimiento à los artificios è inquietudes de las Cortes, que forma las revoluciones de los estados, y que todos los días dá al Universo nuevos espectáculos: esta pasion, que à todo se atreve, y nada la cuesta trabajo, hace infelíz al hombre à quien domina: el ambicioso de nada goza: no goza de su gloria, porque le parece obscura: ni de sus puestos, porque quiere subir mas alto: ni de su prosperidad, porque ésta se seca, y perece en medio de su abundancia: ni de los respetos que se le tributan, porque éstos están emponzoñados con los que él mismo tiene que tributar: ni del favor, porque éste les es amargo, por tener que dividirlo con sus concurrentes: ni de su sosiego, porque se tiene por mas desgraciado à proporcion que se halla mas tranquilo: su ambicion no solamente le hace infelíz, sino que tambien le degrada, y envilece: ¿qué ruindades no tiene que practicar para llegar à conseguir? Necesita manifestarse, no como es en la realidad, sino como los demás quieren que sea. Necesita ser adulador, è incensar, y adorar al ídolo à quien desprecia: necesita ser cobarde, y saber sufrir disgustos y desprecios, y recibirlos como favores: necesita ser

ser disimulado, no conformarse con su propio dictámen, y seguir siempre el ageno: necesita vivir desordenadamente, ser cómplice, y aun acaso ministro de las pasiones de aquellos de quienes depende, y tener parte en sus excesos, para participar con mas seguridad de sus gracias: finalmente, necesita ser hipócrita, fingir algunas veces apariencias de virtud, y manifestarse como justo para conseguir sus fines, y hacer que sirva à la ambicion la misma Religion que la condena: despues de esto, ¿quién podrá decir que éste es vicio de almas grandes? Esta es señal de un corazon ruín y cobarde, y el principal distintivo de una alma vil: solamente la obligacion puede conducirnos à la verdadera gloria: la que se debe à las ruindades, y artificios de la ambicion, siempre lleva consigo ciertas señales de infamia que nos afrentan: ésta solamente promete los reynos del mundo, y su gloria à los que se postran delante de la iniquidad, y que se afrentan infamemente à sí mismos: nuestra elevacion nos está continuamente echando en cara nuestra baxeza: nuestros puestos nos acuerdan las vilezas con que los hemos merecido; y los títulos de nuestros honores, y de nuestras dignidades, son las públicas señales de nuestra ignominia.

Sermon de la Pasion de nuestro Señor Jesu-Christo.

Tom. II. fol. 110.

LA ambicion nos hace falsos, cobardes y tímidos quando hay necesidad de defender los intereses de la verdad: siempre estamos temiendo el desagradar: queremos componerlo, y conciliarlo todo: somos incapaces de rectitud, de candor, de aquella nobleza que inspira el amor à la equidad, y que es la que únicamente forma grandes hombres, buenos vasallos, Ministros fieles, y Magistrados ilustres; y así,